

Pregón de Fiesta Mayor
San Pedro, 1973

por Mario Pagés Martínez

Ilmo. Ayuntamiento de Masnou

Pregón de Fiesta Mayor San Pedro, 1973

por Mario Pagés Martínez

Ilmo. Ayuntamiento de Masnou

Señor Alcalde, Pubilla, Señores y Señoras:

Por distinción amistosa que agradezco de Miguel Humet, Alcalde de Masnou, soy el Pregonero de estas fiestas de San Pedro. Como tal Pregonero, después de hacer sonar simbólicamente la trompeta, que trae a mi corazón el recuerdo de un pueblo navarro donde nació mi madre, cojo en mis manos el programa para anunciaros las fiestas.

Todos los que colaboraron en él, realmente, han conseguido un buen resultado. El grupo de amigos, reunidos alrededor de una mesa que lo han confeccionado, pueden estar satisfechos.

El Ayuntamiento de Masnou viene en la primera fotografía. El resultado fotogénico es verdaderamente impresionante. Destaca en la noche sus líneas rectangulares y en el fondo se adivina el viejo casino, orgullo un día de Masnou.

Una emotiva nota de don Emilio-José Sala Barbara, a través del capitán Mateo Millet Olivé, nos cuenta el significativo episodio de que en pleno Atlántico, en el año 1882, se encontraron tres barcos de Masnou; la «Nueva Borinque», corbeta; la también corbeta «Nueva Lautaro» y la polacragoleta «Frasquita».

Escribía bien el capitán Mateo Millet, consignando entre medición y comprobación de longitud, «los cielos y horizontes toldados de celajería volante» y el «anocheció con cielo y horizontes claros». Y la mejor poesía: el recordar la fiesta del patrón con la simple indicación «San Pedro Apóstol», y una cruz pequeña al lado.

Jaime Bertrán Collell, que en paz descanse, y del que hablaré después, presenta a las pubillas. A la actual mi homenaje.

Esto del pregón tiene algo de juegos florales, sin competición poética. Pero el sentido de la fiesta es el mismo; de acuerdo con su origen. La reina de la fiesta es la representación de la belleza, y toda la fiesta es un homenaje a ella. Me imagino a la de este año, Inma Oliveras Giralt, cuando la proclamaron oficialmente pubilla de Masnou en el gran baile de gala del día 29 de junio. El entoldado, que funcionalmente puede no ser necesario, debe conservarse en tributo a la tradición. Me parece muy acertada la nota del programa: «Para este baile de gala será indispensable que los caballeros asistan con traje completo, corbata y zapatos, siendo prohibido el uso de saharianas, playeras u otras prendas análogas».

Mi felicitación a la Comisión de Festejos. Para proclamar a Inma Oliveras Giralt, pubilla de Masnou, se precisan todas las luces del entoldado, todos los sones de sus orquestas. Su belleza y la representación que ostenta lo merecen. El espíritu catalán es tradicional, ceremonioso y reverencial. El poeta Tomás Garcés lo creía siempre, aunque en los últimos tiempos lo veo algo desanimado, en cuanto a la recepción de la tradición por la juventud catalana. Para proclamar una pubilla como Inma Oliveras los hombres de la época de Mateo Olivé, de la Nueva Borinque, hubieran preferido el sonido de los violines para acometer con sus vestidos de gala, armoniosamente, briosamente, la danza de «Los Lanceros».

Luis Galera Isern, en su documentado artículo «La contribución de los marineros del Masnou a la reconquista de La Florida», aparte del curioso hecho histórico en sí, aporta la impresionante descripción de una tempestad, en el diario de navegación de Jaime Moré, piloto de altura del Masnou.

Josep Pujadas y Truch, poeta del Masnou, nos llega evocado por Didac Ortiz, y sus versos en la nota sobre ex votos del Masnou en la Cisa de E. Pagés.

El fragmento de Pujadas y Truch «a la Verge de la Cisa»:

«Que ella mai no deixa
el brau mariner
y aquells que la invoquen
en tristos moments
el ex-votos ho diuen
—humils i fidels—
que omplen de l'ermita
les blanques parets.»

de elegante y sencilla rítmica becqueriana.

LAS GLORIAS DE MASNOU

Pero el pregón no puede limitarse a presentar el programa. Debe contar las glorias de la historia de la villa de Masnou.

Todos sabéis su pasado glorioso. Mucho mejor que yo lo han contado ya don Pedro Jorge Bassegoda en sus libros, y el señor Galera, director del Museo, en su labor y su palabra de cada día y en sus escritos. En el magnífico libro del arquitecto señor Bassegoda, «Diseños de la villa de Masnou y de su marina de vela del 800», editado en 1962, con prólogo del alcalde señor Salazar, se habla mucho y muy bien del pasado marinero de Masnou. Por él me enteré que aquellos barcos, cáscaras de nuez que atravesaban

los océanos sin radio y sin información meteorológica hora a hora, aquellos barcos con nombres de mujer en su mayoría, eran mandados por capitanes con apellidos repetidos con reiteración.

El más repetido, Maristany. Después el mío, Pagés.

El que mi apellido sea de aquéllos, de los más repetidos, me autoriza a hablar poco de ellos.

Recordarles, sí; respetuosamente, discretamente.

Eran silenciosos, con la mirada serena, de hombres acostumbrados a afrontar situaciones difíciles; con una sensibilidad profunda que en la juventud fue romanticismo y en la vejez ironía, para disimular un resignado fatalismo.

No quiero hablaros de ellos directamente. Prefiero ser testimonio de la historia de Masnou que me han contado los descendientes, con una forma de vivir distinta. La de ellos fue romántica, porque coincidió en gran parte con el tiempo del romanticismo. Y porque fue una forma de vivir la suya heroica. Desde muy jóvenes, casi niños, viajaban por todos los países y por todos los mares. Y porque ser marino, con o sin uniforme, ha sido una profesión romántica siempre.

Si, como dijo Ortega, la decadencia de la nobleza empezó cuando dejó de cazar, nuestra decadencia empezó cuando las gentes de Masnou dejaron de navegar.

Aquellos hombres estaban acostumbrados a una vida dura desde niños. Sus descendientes de profesiones sedentarias, más metidos en la rutina diaria. Ellos fueron héroes, nosotros en principio no.

Pero estoy seguro que ellos lo prefieren así: un pueblo de marinos acaba siendo un pueblo de emigrantes. Y los emigrantes han sufrido demasiado. El hombre y la mujer es carne, sangre, sentimientos; tristezas y alegrías, y hacerse mármol de estatua o bronce de medalla les costó demasiado dolor.

Y no quiero hablar más de ellos, pues temo si al mentarlos se me escapa el lirismo, me fulminarían con la frase radical con que reducían los excesos de sentimiento o de palabrería.

Quiero hablaros, pues, del Masnou que viví. No del que he leído. Sólo quiero, como recuerdo a ellos, de los que estoy orgulloso, transcribir una canción de su época, recogida milagrosamente a través de los años, y que cantó mi hija en el parvulario.

Tiene un ritmo especial, y termina con la nostalgia del «puerto en paz» que caracteriza a los marinos de verdad.

Entre las olas inquietas del mar
surco las aguas con mi barca
hay un murmullo y un dulce clamar
en la salobre inmensidad.

La brisa empuja, viene y va,
tremola el trapo de las velas
e impone un rumbo al andar
por sendas de la mar
soñando en puerto siempre en paz.

EL CRONISTA

Masnou tenía un cronista, fallecido hace poco: Jaime Bertrán.

Aún conocí a su padre, Jaime Bertrán, «Jaumató Jerro», que pasó largos años de su vida en este Ayuntamiento; tengo el recuerdo de un viejecito delgado y cariñoso, algo encorvado. En su despacho, pegado en la pared, tenía un verso que más o menos decía:

Yo tenía un rey
y tenía una bandera
que lucía como el sol.
Si me quitan el rey,
si me quitan la bandera,
¡yo ya no soy español!
Soy de una patria cualquiera.

Jaime Bertrán heredó de su padre su amor a la historia de la villa, al conocimiento de sus gentes. Tenía una figura pequeña y cuidada. Se fue haciendo viejo pulcramente. Era amigo de obispos y de párrocos. Hizo la reforma del campanario. Contribuyó a que la Virgen del Pilar tuviese un manto de Masnou. Propuso nombres de calles. Proyectaba el adorno del Casino para Santa Rosa. Escribía bonitas y sinceras poesías, sobre todo en catalán, y obras teatrales con diálogos detallistas. Yo recuerdo una lectura suya de una obra, «Stella Maris», en la salida de tresillo del Casino, en el final del verano, oyendo el ruido del mar sobre la playa. Hablábamos de él y con él, con la sonrisa en los labios. Nunca habló mal de nadie.

A él, con vocación de cronista, con sensibilidad y bondad de corazón, mi primer recuerdo en estas estampas de gentes que él conoció mejor que yo.

LA EVOLUCION DE MASNOU

De la historia oída, no vivida, de esta villa, saqué como conclusión que dos hechos nacionales dejaron huella en la tradición verbal.

La invasión francesa y las guerras carlistas.

De la invasión francesa quedó el recuerdo de la aprehensión de rehenes, que se llevaban los franceses, no sé por qué tiempo ni con qué fines. Pero no debería ser demasiado trágico, pues lo que queda es el recuerdo de que, al llevarse los presos, al pasar junto a un campo de trigales, un gigantesco soldado francés empujó a un niño que iba junto a él, para dejarlo escondido entre los tallos crecidos. Mi recuerdo a aquel soldado que no llevaba en la guerra odio en su corazón.

En las guerras carlistas, Masnou, por geografía y por pensamiento, fue liberal. La tradición oral habla de gente de Masnou huyendo a la mar en barcas, en las esporádicas entradas de los



carlistas. Y de disparos de éstos, desde la playa, sin demasiada puntería ni ensañamiento. Por hostilidad manifiesta, como me decía la Layeta de «Can Ranà», capitanes del Masnou se negaron a llevar en su barco a carlistas, que, terminada la guerra, buscaban el exilio.

Masnou fue liberal. Basta espigar en las viejas bibliotecas, para estar seguro, por el gran predominio de obras que, con las exageraciones propias de la literatura romántica, creían en las nuevas ideas del progreso, panacea de todos los males.

Formación liberal que hacía exclamar a mi pobre padre, entre irónico y divertido, con la alegría de la liberación: «Toda mi vida oyendo que los malos eran los carlistas, y ahora resulta que son los buenos».

LA SOLIDARIDAD CATALANA

El movimiento regeneracionista que unía a las fuerzas catalanas a principios de siglo (incluidos los carlistas), tuvo honda sintonía en Masnou. «La Esquetlla de la Torratxa», «La Campana de Gracia» se encontrarían también en las viejas librerías, en curiosa mescolanza, con las ilustraciones artísticas y los blanco y negro.

Este movimiento tuvo vinculados en Masnou a Maluquer y Viladot, uno de sus mayores prestigios (que estuvo a punto de ser asesinado, detenido aquí en la guerra) y a Santiago Estapé, del Mas Nou, derribado o a punto de derribar, fino político prematuramente fallecido.

Pero Masnou, que era muy catalán, era muy conservador. Los somatenes de aquí intervinieron en la busca y captura de Ferrer y Guardia, la discutida figura de nuestra historia político-social.

Pocos datos directos tengo de la época posterior. Sólo puedo decir que conocí al llamado cacique de una época, a Francisco Ma-

ristany, el de la sala del Casino, el hombre entregado al conde de Labern, «el Señor de Barcelona» del libro de José Pla. Y lo recuerdo despidiéndonos en la esquina, en una noche de invierno, en las calles melancólicas, mal iluminadas entonces, de Masnou, con las ropas pegadas al cuerpo por el viento, como los marinos en los puentes descubiertos de los barcos.

MI CONTACTO PERSONAL

Mi contacto más directo con Masnou empezó en 1936. Antes sólo contactos esporádicos con sus gentes.

En 1935, cuando la política dividía con tensiones de odio, que preparaban espiritualmente la guerra civil, me presentaron en la Universidad una chica que estudiaba Filosofía y que era de Masnou. Era la hija del señor Grau, persona destacada en la política local, en el campo que apoyó a la República y después al Frente Popular. Vi una chica recelosa, que observaba a la gente desde una posición ya establecida. Por la amistad que no pudo ser, por la vida entera o casi entera pasada en el extranjero por la chica de Masnou, esperemos que nunca los españoles se dividan en posiciones separadas por abismos de odio. Laín Entralgo, hace unos meses, escribió un breve, hermoso artículo, sobre el abanderamiento español, que en sí no sería dañoso, pero lo es por la intransigencia con que nos separa.

MASNOU EN GUERRA

Durante la guerra española, una parte de la población autóctona estaba silenciosa y aterrada. Otra parte, afiliada a los partidos políticos y en el Sindicato Moderado de la UGT.

El poder real lo ostentaba la CNT, los hombres del vidrio, que trajeron al pueblo la posición extrema, anárquica y radicalizada. Casi todos ellos no eran de aquí, sino procedentes del sur.

Las calles silenciosas y mal iluminadas oyeron los estampidos de las armas fratricidas. Aquí salió para la muerte un joven de la Federación de Jóvenes Cristianos, Roig, y por si vio a los asesinos del farmacéutico Moles, murió en la propia plaza de Ocata un chico de 15 años. Nunca Masnou había llegado a tanta abyección. Las calles atemorizadas de la villa estaban condicionadas por el paso neuróticamente siniestro del «Roset». El doctor Torrubia alejaba los fantasmas con el gesto acompasado de sus educadas manos.

EL BOMBARDEO

El 19 de septiembre de 1937, unos aviones italianos, con las luces encendidas, dejaron caer unas bombas absurdas sobre los viejos baños de San Pedro y el «Camí reial». Entre los varios que murieron, cayeron dos jóvenes de 17 y 19 años, amigos míos: Jean, un chico bueno y melancólico, y Juan Antonio Aloy, que murió el día de la Merced en el hospital de San Pablo.

Durante muchos años su pobre padre paseó su figura patética de hombre vacío por dentro, que no sabía ya por qué vivía.

El pobre D. Fontova, el visionario que creía que el cáncer procedía de un virus (ahora resulta que era también la opinión de Durán Reynals y que vuelven a ella), se paseaba entre las camillas como un sonámbulo.

LOS DE LA BARCA

En aquellas circunstancias, un grupo de muchachos (Piera, Baucells, Gurria, Ramentol) en una barca, a ratos a motor, y a ratos a vela, huyeron a Palma de Mallorca. Su heroica singladura fue asesorada por el viejo capitán Isidro Maristany. He dicho antes que los antiguos fueron héroes. Sus descendientes al final tuvieron que serlo. «Héroes a la fuerza», como el título de una vieja película.

LA LIBERACION

En el mes de enero de 1939, Masnou recuperó su relativa normalidad. Quedó intacta, con la sola muerte de una pobre mujer en el bombardeo final. A mí me llegó la noticia en Cuenca. Un combatiente de primera línea de los que entraron en Masnou me lo comunicó: «No te preocupes... Ha quedado intacto... No se disparó un tiro». Mi recuerdo emocionado a aquel combatiente de capote gris, que, como el francés de la invasión, fue a la guerra sin odio en el corazón.

Y vino la posguerra y el miedo a entrar en otra guerra. Y el comer las habas con las vainas. Y en considerarnos responsables del hambre que se pasaba, y de la falta de agua, dosificada por las manipulaciones de Pujadas en los aforos del «Hereu Tomas».

LOS ALCALDES DE MASNOU

El señor Millet

Con su figura delgada, su cuello de pajarita, con el aire aristocrático y abstraído de los Millet.

Don Jaime Buch

Lo conocí en la casa de Falange, en un despacho con banderas. Bajo el aspecto severo que las modas de la época imponían a las jerarquías, cobijaba (cobija, sin el aire severo) un gran corazón un gran concepto del deber y un intuitivo sentido político.

Precisamente en un entoldado, levantado en la plaza del actual Casinet, el entonces concejal de Gobernación tuvo la gallardía de defender a las gentes de Masnou de los que utilizaron las facultades del vencedor para brabuconerías. Tuvo un apoyo decidido en el general Benavides, prototipo del militar ilustrado y caballeroso.

Buch fue alcalde en la época más dura. Cuando la beneficencia era una de las principales misiones del Ayuntamiento. A esto había llegado el pueblo, que un día, cuando Amadeo de Saboya quiso hacer una aportación para los pobres, pudo contestar por boca de su alcalde, sin mentira: «En Masnou no hay pobres».

Buch amparó una política de generosidad y de perdón. Con él hicimos, pudimos hacer, una gestión para que concedieran el indulto de Juan Juan, uno de los del vidrio que mandaba en los años de la guerra, y que no sé por qué yo siempre pensé que no era un asesino. No por nuestra intervención seguramente, pero el indulto se concedió.

Modificó el escudo de Masnou, añadiendo el velero en la imagen rural, y puso las llaves de San Pedro hacia arriba para que puedan abrir más fácilmente las puertas del Cielo.

En los años 40, años duros de la villa de Masnou, la figura de Jaime Buch alcanza una singular grandeza. Puede mirar este pasado con orgullo, pues los errores, si los hubo, fueron de la época. Los aciertos procedieron de sus cualidades personales.

Mi recuerdo también al señor Iglesia, el sensato, el ponderado teniente de alcalde durante aquella época, frenando siempre exageraciones y fanatismos.

D. Francisco Leonarte

Le sustituyó el notario Leonarte, un levantino brillante y cordial. Como buen levantino, con la alegría de vivir. Dejó fama de notario poco ordenado. Pero también la dejó de hombre generoso y desinteresado, amigo de todos y sin una gota de hiel en su corazón.

Creo que es suya la frase más levantina que catalana, que aún figura todos los años en el crespón del ramo de flores, bajo la cruz del cementerio: «La villa de Masnou a los que, lejos de ella, murieron con su luz en el alma».

Después dejé de venir aquí. Y ya me separé de la vida cotidiana del pueblo. A don Francisco Salazar Culí lo traté muy poco. Le agradezco su sincero prólogo al libro de Bassegoda y el verle un día en el entoldado acompañando a la pubilla, perfectamente sumergido en la tradición de la villa.

Don Miguel Humet

De Miguel Humet, que es el presente, no se puede hablar en una evocación histórica. De lo que es y ha de ser: firme promesa de un futuro.

LOS PARROCOS

Dos párrocos he conocido:

A Mosén Sala, el párroco de la posguerra, que construyó la iglesia, tontamente semidestruida, con la agresividad de un moderno ejecutivo.

Y Mosén Pere Cot, el sacerdote profundo y suave, conciliar antes del Concilio.

Cuentan que en las guerras carlistas, durante la incursión de un cabecilla, un alguacil muy liberal y exaltado (los viejos de Masnou dirían un «cantamañanas») disparó, dejando el fusil humeante en las manos del tonto del pueblo. El rector de Masnou se arrodilló ante el cabecilla carlista para explicar que el que iban a fusilar no era responsable. Mosén Pere Cot también hubiera convencido al cabecilla carlista.

Y lo que sí me gustaría decir suavemente, en este momento, es que lo que quisimos hacer en política tuvo como base esencial y única el sentimiento religioso. Y que la voz ponderada y oficial de la Iglesia tendrá para mí y para muchos como yo, siempre, una importancia decisiva.

LAS CLASES SOCIALES

Masnou no fue nunca un pueblo andaluz en el aspecto de sus clases sociales. Si a Amadeo de Saboya se le pudo decir que no había pobres, tampoco había gente excesivamente rica. Según Bassegoda, sólo el 14 por ciento de los capitanes murieron ricos, entendiendo por tal «en el pasado siglo y en Masnou, el poseer un capital suficiente para vivir en forma corriente y sin lujo, en casa propia y sin necesidad de trabajar, darse una vida cómoda sin inútiles ostentaciones».

Esta concepción se ha mantenido, sin variaciones esenciales, con dos influencias: la de hacia arriba (veraneantes) y la otra hacia abajo (la gente del vidrio, la inmigración obrera).

GENTES DE MASNOU

ANTON EL CARBONER

Cuando murió mi tío, que le llamaban «Paretó de Can Papi», era Antón el Carboner el que le llevaba a enterrar en un coche de caballos engalonado con crespones.

Al irlo a recoger, se le quedó mirando y dijo: «Pobre Paretó».

Y yo pensé que hay muchas formas de enterrar a los muertos y que aquélla era la mejor.

Y que Renter es un digno sucesor de Antón el Carboner.

DAMIAN SAMPERE

Fue muchos años el depositario del Ayuntamiento. Con unas toses profundas en los bronquios poderosos. Hizo el servicio en la Marina, no pasando, según creo, de marinero de segunda. Pero conservó, por su cariñoso afecto a los orgullosos oficiales del



cuerpo general una influencia sobre ellos, de las que podrían atestiguar muchos mozos de Masnou que sirvieron en la Marina.

Tenía en su despacho un mapa marcado con banderitas, los sitios del mundo donde vivían gentes de Masnou.

JOAQUIN MASOLIVER

Hermano de un buen escritor, con su aspecto de caballero del renacimiento o de aristócrata inglés, vivió aquí muy a gusto. Joaquín Masoliver cuidando su jardín, con su acerado ingenio, parecía un volteriano. Pero tomaba un taxi, en los duros años 40, para ir a Badalona a recuperar la misa a la que aquí había llegado tarde.

LOLA BOTEY

De la dinastía de los médicos, de los dos, que dejaron una calle y el recuerdo de una vocación con entrega total. Era inteligente y profunda, como la Julita de Can Soberano y tantas mujeres de Masnou. Cuando con una absurda terminología que no sé si aún se conserva, alguien decía, al acabar el verano, «ja s'en van els senyors», ella contestaba: «I queden els propietaris».

DOS CLASES DE GENTE

Masnou da dos prototipos perfectamente diferenciados. El serio, riguroso cumplidor, para el que la peor calificación de una familia es «que no s'entenan», en el sentido de que no saben administrarse, y el otro, el bohemio e imaginativo, heredero en su forma de ser de un Peretó Music, especialista en bromas.

En estos momentos, pongo como ejemplo de las dos formas de ser:

De los primeros, Tomás Rosés, mientras tuvo salud, consejero del modesto capitalismo de la villa, de las reducidas carteras de

valores, comidas por la inflación en su conservadora estructura. El consejero y el defensor de las personas que iban quedando solas, de las viudas y de las solteras con demasiado orgullo para pedir ayuda. Con la madera misma de las mujeres de los marinos. Capaces de resistir la soledad aunque se les seque el corazón y el carácter.

El mismo, enfermo, se ha refugiado en su casa con el ascetismo y la dignidad de los hombres valientes.

Del segundo grupo, para mí Tapias, siempre dispuesto a situarse en el mundo imaginativo, con una seriedad que es su mejor ironía, en su falsa ostentación.

LOS ARTISTAS

Y es que la imaginación, el poder crear ha tenido la manifestación de figuras muy serias en el arte.

La figura egregia de Luis Millet.

El excelente pintor Miguel Villá. Son muestras claras.

Y Comellas, al que se le tomaba en broma, por su afán de bailar en los años 40, como en el mito de las zapatillas rojas. Empujado por los que no saben reír si no ríen de alguien, y que resultó después un fino músico, un premiado artista de cerámica. Recuerdo siempre una, en la que, frente al toro, sobre el torero, pintó una suave sombra de la muerte.

Y los hermanos Pericot.

Mi recuerdo especial al suave pintor, al escultor, al artista demasiado bueno para tener éxito comercial, que es Martínez Vigili.

Donde hay luz, hay buenos pintores.

MASNOU, EL TIEMPO Y LAS CALLES

En Masnou, por sus calles, que casi siempre parecen solitarias ha pasado mucha gente.

He querido recordar algunos en un pregón que no quise fuera enfático ni convencional.

Sólo en sitios como aquí el paso sereno e implacable del tiempo sigue un ritmo más lento. Sentado en su puerta, Galvany, como antes su padre, o en la peluquería Salvi, frenan el olvido por su interés por las cosas y las gentes, como en vida hizo Jaime Beltrán.

Mi padre me decía siempre que Santiago Rusiñol se hubiera reído si hubiera visto cómo era la calle a la que habían puesto su nombre. Hablo de hace años. Hoy la calle es muy hermosa.

Pero la afirmación es igual de válida. Más que los nombres de Kennedy y del propio Rusiñol, preferiría ver los nombres de los que, para bien o para mal, conocieron a tus padres y abuelos; o de los que se incorporaron a la vida del pueblo con sencilla sinceridad.

Preferiría ver las calles de Los de la Barca, Jaime Beltrán, Alcalde Buch, Notario Leonarte, Santiago Estapé, Capitán Gibernau, el último que al pasar su barco por Masnou, izó bandera y saludó con la sirena; Comandante García Venero, el castellano que vivió y murió preocupado por Masnou.

Verbenas del casino en verano. Melancólico Masnou en invierno. Luces y sombras. Calles empinadas por las que pasó tanta gente. Y la cruz del campanario sobre la luna iluminada del reloj.

Es un hermoso pueblo junto a la mar.

Y nosotros, como las casetas a franjas claras de la playa, que, a veces, parecen seguras en las mañanas de sol. Y que otras veces las sorprende el temporal imprevisto, el viento y las olas.

Mario Pagés Martínez



Gráficas Masnou - Dep. L.: B. 26866-1976